

# Revista

de

# Ciencias Económicas

---

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

---

Director:

**Rómulo Bogliolo**

---

Administrador:

**Roberto E. Garzoni**

Secretario de Redacción:

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier**

**James Waisman - Juan R. Schillizzi - Juan F. Etcheverry**

---

**Año VI**

**Mayo de 1918**

**Núm. 59**

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
**CHARCAS 1835**  
BUENOS AIRES

## Problemas universitarios

---

Los artículos que a continuación transcribimos forman parte de una larga serie publicada por la *Revista del centro estudiantes de ingeniería* en su campaña pro-reforma de la vetusta organización de aquella facultad. Estos escritos involucran problemas que nos tocan de cerca y, por lo tanto, deben merecer la atención de los estudiantes de ciencias económicas que necesitan, por la índole de sus estudios, mantener la libertad de criterio indispensable para poder interpretar las más modernas concepciones de la ciencia. Desearíamos fueran leídos por nuestros compañeros, en la seguridad de que habrán de contribuir a fijar el concepto. Y a los camaradas de la *Revista del centro estudiantes de ingeniería* enviamos nuestra palabra solidaria, formulando votos para que sus justificados anhelos obtengan la sanción necesaria. — (N. de la D.).

### ¿Hasta cuando no tendremos un representante en el consejo directivo?

Pocos son los problemas de disciplina universitaria que hayan merecido más atención de parte del periodismo técnico y cotidiano que el de la admisión de un delegado estudiantil en el concejo de facultad. Todos, sin excepción, han coincidido en la necesidad imperiosa e impostergable de escuchar detenidamente las necesidades de los jóvenes estudiosos, auscultar sus aspiraciones, permitir su libre exposición, y, en fin, contribuir a hacer práctico el conocido aforismo ético de Emerson: el gobierno educa.

La masa estudiantil organizada en poderosas instituciones ha demostrado plenamente, por la seriedad y ponderación de sus juicios, por la cordura de sus resoluciones, una aptitud y una energía suficiente para asumir una parte de la responsabilidad en el régimen o en el gobierno universitario.

Y sería altamente peligroso dejar escapar esta oportunidad

histórica para invitarlo a esta coparticipación en las elevadas tareas directivas; puesto que sería un estímulo moral eficaz para valorar la propia capacidad individual.

Ese mal que aqueja a menudo a nuestros técnicos, y que muchos señalan como una de las causas que obstaculizan la formación de un ambiente intelectual, de crítica y producción técnicas, esa falta de iniciativa, de audacia, de *confianza en sí mismo*, de *fe en su propio valer*, sería agravado, aumentado, al darle patente de existencia por acto de nuestras autoridades académicas, que no otra cosa sería suponernos incapaces para gobernarnos.

Nosotros queremos señalar acentuadamente este aspecto moral del asunto que pocos publicistas han tenido en cuenta.

Los latinos no tienen esa autodisciplina, esa predisposición al orden, al método, característico de los anglosajones, y no la tienen porque no hay herencia de ese movimiento interno, de ese *self-governement*, herencia que es producida por el hábito del autogobierno, por la costumbre de mandarse a sí mismo, y que por su repetición secular pasa a la categoría de un instinto, deviniendo movimientos o aptitud absolutamente inconsciente al transmitirse a los descendientes.

De ahí los fracasos lamentables de aquellos que pretenden hacernos adquirir esa disciplina a la fuerza, como creen algunos que lo sería por la asistencia obligatoria.

Es necesario convencerse, estar persuadidos, de que no es posible aplicar a sistemas de organismos étnicamente distintos un conjunto de disposiciones legales absolutamente idénticas; en seguida se verán cómo divergen los resultados aun cuando a primera vista pareciesen lógicos. Si sobre cuerpos heterogéneos inciden fuerzas uniformes, las acciones nunca serán iguales.

Es que no hay que tener en cuenta el aspecto físico del individuo, es menester no olvidarse que existe un conjunto de factores psicológicos, de la más alta importancia, hábitos mentales que escapan a una descripción anatómica o fisiológica precisa, cuya cantidad e interdependencia huyen todavía al más minucioso análisis, pero cuya presencia e influencia no deben ser en modo alguno puesto en duda. De ahí que nosotros veamos en este problema como dijimos al comienzo, un conflicto moral de una importancia cardinal.

Daríamos personería oficial, reconociéndolo por la ley, a un hecho que hoy es de una claridad meridiana. Podemos decir, sin jactancia, que estamos preparados para asumir la parte de

responsabilidad que nos corresponde en la dirección de la facultad.

Invitamos seriamente a meditar a los miembros del congreso sobre este problema, que otros países han resuelto en la única forma posible, admitiendo un delegado estudiantil al seno de los cuerpos directivos universitarios, y que, entre nosotros, en la universidad de La Plata, se le ha dado una forma más atenuada a causa de la imperfección de la ley de organización de universidades nacionales.

Volvemos a insistir acerca de la importancia de la aceptación de nuestra tesis, porque lo contrario sería desconocer sistemáticamente las serias razones que la fundamentan, conquista que debe ser incorporada urgentemente a la institución universitaria porque es tan acelerada la marcha en una democracia que podría estorbar su rápido devenir, convertirse en una rémora, en una supervivencia, y tener por último que ceder, con mengua de su prestigio y menoscabo de su autoridad MORAL.

Esa depresión, esa rutina, se hace más visible con el avanzar de los años y si al individuo no se le da ninguna oportunidad para probar sus fuerzas, para orientar su iniciativa, de ser en fin un punto central irradiador de movimiento, un foco, y si estas oportunidades no se repiten, no se multiplican, es completamente imposible el desarrollo de esas facultades personales, distintas en cada individuo, que llevan a la invención, a la originalidad, porque ningún órgano sin ejercicio progresa; poco a poco, insensiblemente, degenera para caer en la más vergonzosa inaptitud.

Sólo el ambiente de la libertad puede producir esa disciplina voluntaria, inteligente, activa. ¿Cómo? Reintegrando a su persona la soberanía de su unidad que continuamente cercenársele por medio de reglamentos, ordenanzas, por la eterna cartilla de los *deberes* en aumento y la de los *derechos* en paulatina anulación: toda una flora prohibitiva que envolvíale, axfisiábale.

Nada más oportuno que estampar aquí el tremendo anatema que Spencer pronunciara contra el Estado: *exceso de legislación...* universitaria.

### Un mal que fomenta muchos

El examen y la clasificación constituyen un binomio, una dualidad completamente parcial para investigar y simbolizar

la aptitud intelectual, la calidad de la misma en sus diferentes vocaciones y en sus diversos grados de importancia.

Sólo la memoria admite semejante experimentación, pero aún asimismo no sirve ese procedimiento para medir la duración de la misma, es decir, no permite en realidad apreciar la potencia mnemotécnica, sino esa otra cualidad arquetípica en el loro, la repetición, virtud que hoy se ha mecanizado en el fonógrafo.

Y esos métodos de investigación intelectual contribuyen, por un lado a esterilizar los cerebros en esa exigencia de repetir en breves minutos una enciclopedia científica, esfuerzo que desarticula el regular funcionamiento del cerebro y por otra parte fomentan la usurpación o adquisición de una cualidad absolutamente estática: la de una biblioteca.

No, el alumno no debe ser una biblioteca. Cualquiera se reiría si alguien pretendiera intentar por medio de una educación apropiada fabricar el obrero integral; que diversas partes de su cuerpo se transformaran en otros tantos utensilios de trabajos; sus dedos o sus manos en un formón o en una maza. Lo lógico es enseñarle a manejar esos útiles, pero dejarlos después de la labor en el taller y no llevar consigo un armamento de herramientas que lo inhabilitarían rápidamente para la brega.

Al obrero se obligaría llevar una tonelada de hierro en forma de útiles y al estudiante una enciclopedia en la cabeza. No nos explicamos cómo todavía no se nos obligue a aprender los logaritmos de memoria.

Es necesario reaccionar; justamente las preguntas de examen, el experimento en sí toma solamente en cuenta tolas aquellas cualidades, negativas para el progreso de la ciencia y para la formación de hábitos mentales de pensar y razonar y descuida lo esencial, lo fundamental.

Pero lo que reputamos esencial y fundamental, la iniciativa, la singularidad, la inventiva, la imaginación creadora, el criterio, la positividad del juicio, la practicabilidad de una aserción, todo eso y mucho más son preguntas de examen que no figuran en los programas y que no se preguntan en los exámenes.

Peró es que son radicalmente opuestas a ese sistema de investigación, de experimentación.

El examen conduce a la paulatina supresión de las bibliotecas fijas y su reemplazo por las ambulantes.

El procedimiento actual es funesto bajo numerosos puntos

de vista. No sólo no tiene en cuenta aquellas cualidades ya mencionadas sino que tiende a combatirlas eficazmente.

Pocos son los estudiantes que después de ingresar a esta "alma mater» conserven todavía ese culto místico, ese entusiasmo de novicio, ese amor a su liturgia, y poco a poco, gradualmente ese afán de saber, de ciencia, se desvanece y en su lugar el examen ocupa su sitio como un dios severo e implacable, irritado, que exige imperativamente el monopolio de ser adorado, únicamente él, que no admite ninguna digresión por las vetas más profunda de la profesión o los campos científicos circunvecinos. He ahí un nuevo mito y un nuevo ídolo. Se estudia para *pasar*, para dar *examen*. El medio convertido en fin, el camino oscurece la meta, y el estudiante, afanosamente, busca nuevos útiles adecuados a este nuevo fin: surgen los "bárbaros apuntes."

No es raro encontrar egresados que confiesan ingenuamente no haber estudiado otros libros que los apuntes.

La búsqueda y consulta de las obras fundamentales, la bibliografía, son cosas para ellos absolutamente desconocidas. Sin embargo, es tan grande la importancia de la misma que no existe universidad de mediana importancia que no divulgue un *boletín bibliográfico* que es uno de los mejores exponentes de su marcha simultánea con el avance de la ciencia. Felizmente entre nosotros, la de La Plata (ha de ser ella) ha comprendido su utilidad.

El país, sin duda, no espera nada de semejanzas profesionales. Empero, ellos no tienen la culpa, son las prácticas adquiridas en las aulas. Y esos hábitos trasuntan la molicie y la pereza, son el mínimo esfuerzo hecho real y objetivo, son la voluntad de no querer, de no ser, de rodear los obstáculos sin atreverse a saltarlos, de escapar a la lucha ahincada con los libros, es no interpretar las leyes, las fórmulas y las hipótesis; preferir hecho todo ese trabajo, pero resumido, condensado, al "apunte" para *PASAR*, para dar *examen*.

Estas son las graves consecuencias de la equivocada orientación, de haber menospreciado la formación del espíritu y hábito científicos, la suprema y única misión de la universidad en la fabricación de profesionales, cosas que no se pueden producir por programas más perfectos: en ellos no tienen caída; son los métodos los que deben variar. Y la universidad.

---

## La revista solicita la abolición del premio universitario

### I

¡El premio! ¡Cuántas inquietudes y desvelos, cuántas fatigas inútiles, sin beneficio alguno, produce la perspectiva del premio, de la brillante medalla, que, en muchos casos, significa una carga para quien la ha merecido (?), una valla que impídele intentar cualquier empresa, por temor al fracaso el que, tratándose de un "amedallado", es de mayor notoriedad! Allí está la causa de esa falta de iniciativa, de esa inactividad mental, tanto más extraña cuanto es de ellos de quienes se tiene el derecho de esperar más productividad intelectual, porque la conquista del premio significa, para el público en general, la posesión indiscusa del *summum* de los conocimientos, que puede abarcar la mente en la esfera de la profesión elegida. He ahí, también, indicada con nitidez, una funesta consecuencia del sistema de las recompensas otorgadas a las mejores clasificaciones obtenidas en los exámenes: produce en el "amedallado" una timidez, un adentramiento de la audacia, se auto-cohibe por miedo al fracaso. Anula, en una palabra, una de las más preciosas cualidades psicológicas: el valor; y, también, en cierto modo, atenúa, en grado sumo, el sentimiento de la responsabilidad.

Esta es sinónima de actividad. Sólo se puede ser responsable de lo que se hace. ¿Qué sentimiento de la responsabilidad puede tener el que no hace nada?

Es superfluo comentar todas las incalculables consecuencias morales de semejante tendencia que, luego, se hace instintiva, poniéndose al descubierto en cada acto de la vida, dañando considerablemente el carácter del hombre, y, sobre todo, del técnico que asume la dirección de una industria. Es necesario repetir con insistencia que el éxito de una empresa, no depende solamente del ambiente y de la preparación del iniciador, está subordinado, en alto grado, al carácter, a la fe en sí mismo, al valor civil del propio autor.

Es lógico que tal sea el resultado porque después de varios años de ruda lucha, de rivalidades sordas, de angustias, ante la posibilidad de que otro compañero le aventaje en las notas (no en preparación), el alumno se encuentra, al cabo de la jornada, extenuado, falto de energías, para proseguir la lucha por la vida, que, por cierto, las requiere en mayor grado que la vida universitaria.

Lo contrario sería afirmar que el progreso es resultado de una acción de conservación.

Se manifiesta, como consecuencia de ese cansancio físico y mental, un desgano, una pasividad total que, siendo un estado orgánico para cuyo desarrollo se necesita poca voluntad, tiende a persistir como línea de menor resistencia. La vida se robustece viviendo, en esa asimilación funcional que tan acertadamente puso de manifiesto el llorado Le Dantec. Se estudia con agrado, cuando se ve la meta, el objetivo; pero, el estudio por amor a la *erudición es un contrasentido, un absurdo mental*, digno sólo de un anormal. *Se estudia para inventar, para descubrir, para simplificar, para aplicar, para modificar y perfeccionar, y para acrecer todo el inmenso capital científico ya conocido*; pero, de ahí al estudio por el deseo voluptuoso de saber, en esa adoración mística y estática de la ciencia, de la ciencia en biblioteca, pues en una biblioteca se encuentra únicamente lo sabido, lo conocido, existe una enorme diferencia.

Cuando arrastrado al fárrago de la vida práctica y aplicada, advierte la poca influencia del premio, y nota con dolor que en la historia de los éxitos diarios se inscriben nombres sin medalla, en su casi totalidad, y las páginas de la historia de la ciencia callan los nombres de los grandes eruditos y, en cambio, rodea de rutilante aureola a los originales, a los creadores, insensiblemente surge en su espíritu un descontento íntimo, un paulatino desengaño; las ilusiones se esfuman inadvertidamente, y todo su "yo" se vuelca en un desesperante pesimismo, al comprobar la bancarrota del ideal de toda su vida: el premio no es el sésamo, ni del éxito, ni de la gloria. El conocimiento de la ciencia, el culto apasionado de la misma, a manera de un nuevo sacerdote, no ha sido su objeto; ha sido el medio para llegar al fin: la medalla. Los hábitos mentales contraídos en los esfuerzos desarrollados para la consecución de un ideal tienden a subsistir, del mismo modo que, en las especies animales y vegetales, los órganos encargados de una función, al desaparecer ésta, manifiestan una marcada tendencia a conservarse, aún en los límites de la atrofia, por una misteriosa inercia orgánica; y, como una vez alejados de las aulas no se disciernen nuevos premios, aquellos hábitos mentales, que no tienen ahora a qué aplicarse, se convierten en estorbos insalvables para una original actividad; giran en el vacío.

La universidad cultiva, sin embargo, este tipo, le crea

situaciones de privilegio, se olvida del resto de los alumnos; por eso el sistema de dar clase por conferencia, la enseñanza impartida teniendo en cuenta un solo ejemplar mental; de ahí el sistema de los exámenes que sólo investigan la cualidad preponderante de ese estudiante ideal: la memoria; y, esa también la razón de la nota numérica, puesto que es una de las únicas "facultades" mentales que admiten criterios aritméticos de proporcionalidad; y, eso explica, además, el anacrónico sistema de reclutamiento del profesorado en base al elevado promedio de las clasificaciones, con esa irritante e injustificada exclusión de aquéllos que el sistema de oposición, vigente entre nosotros, es una disimulada variante. ¡Qué compasión da ver cómo se dicen tantas tonterías en esos torneos oratorio-mnemotécnicos!

Si esta equivocada política universitaria persistiera ¿adónde llegaríamos? Podemos asegurar que jamás seremos productores de ciencia; en este país no surgirá un foco, un centro de actividad intelectual original. Seremos los eternos importadores científicos; seremos los huéspedes parasitarios de la labor ajena. Si se permite calificar este hecho, diríamos con franqueza, que es inmoral. Afortunadamente no todos piensan así; y dentro de esa enorme masa de desheredados de la universidad, hay espíritus desinteresados, que alimentan vivo entusiasmo por la ciencia, y son de ese núcleo los que aportan, casi con unanimidad, nuevos perfeccionamientos, y los que sobresalen en el ejercicio de la profesión técnica.

El estímulo de la medalla incita a la competencia, pero es un empujón con respecto a la cantidad de saber, saber que se mide por el examen, teniendo en cuenta el número de equivocaciones; por consiguiente, uno busca no errar, no tiene el derecho de equivocarse. ¿Cómo puede conseguir no equivocarse nunca? Sin duda: repitiendo y repitiendo a maravilla, prodigiosamente. Pero, ¿qué es la repetición? Una forma de la memoria; se repite lo mismo una fórmula que un razonamiento; luego, es menester estudiar de memoria muchas cosas, si es posible, todas las cosas. Y, ¿a qué se llega? Indudablemente, a una gran memoria; a un estado realmente monstruoso: una biblioteca en un cerebro, sin faltar, por supuesto, una tabla de logaritmos, cuanto más extensa, mejor. Y si ese ejercicio se repite, se llega a establecer verdaderos "records". Hemos visto exámenes, mejor dicho los hemos dado, en que, durante una hora, vomitábamos tal

cantidad de desarrollos matemáticos, con todos sus artificios, arrojados también oportunamente, a su debido tiempo, con una pasmosa conveniencia y exactitud, que no fueron suficientes varios pizarrones para contenerlos, con el natural encanto y contento de la mesa examinadora. Nosotros, claro, lo hacíamos por seguir la costumbre, no teníamos más remedio que someternos al gusto de la "mesa" — cosa que con mucha anticipación averiguábamos — y, pasado el trágico momento, entregábamos nuestro cerebro en manos del olvido, para que él, piadosamente, anonadara a esas torturantes y fatigosas fórmulas; y nos reíamos. Tres meses después, casi no nos acordábamos ni siquiera del nombre de la materia. Este fenómeno es común y es alarmante; no nos explicamos cómo no se intenta orientar los esfuerzos mentales hacia una mayor duración de los conocimientos adquiridos.

Ahora bien; no es necesario atosigarse el cerebro con una biblioteca; la tarea es más sencilla; sólo es necesario y suficiente estereotiparse en la mente un libro, un apunte; aprender, se sobreentiende, todo lo que en él está escrito, sin olvidarse de nada; estudiar por otros libros es perder el tiempo; ¿para qué estudiar cosas que no están en el programa, y, por lo tanto, en el texto tradicional, si no las preguntan en el examen? Como son tantas materias no se debe perder el tiempo en futilidades, porque se corre el peligro de no poder estudiar el "texto", el "apunte" y, entonces, es el acabóse. Después, con un poco de perspicacia y disimulo, uno se hace conocer del profesor; se pone, como quien no quiere, siempre que puede, en evidencia; detalles todos que, si bien accesorios, uno no debe descuidar. ¡A qué extremo conduce la recompensa fruto de la nota! ¡Demasiado triste! Se obtienen así, salvo raras excepciones, individuos cansados, extenuados, verdaderos desorbitados.

Veamos ahora el famoso experimento; analicemos, ligeramente, la alquimia del examen. El breve examen a que se somete el alumno, sobre los temas contenidos en una bolilla del programa, no puede dar un juicio de su preparación, por más que hay muchos profesores que dicen que con un vistazo están en condiciones de certificar sus conocimientos. Esto es relativamente exacto para ciertas materias, pocas por cierto, y para ciertos alumnos. La preparación, por razones que antes dimos, no puede medirse con guarismos; y, además porque, bien lo sabemos todos, los exámenes se asemejan a un juego de azahar, pues existen muchos factores que con-

tribuyen a formarse ideas falsas respecto de la capacidad del examinado. En efecto; no todos los temas de un programa son igualmente importantes, ni tratados en los textos con la misma extensión, en una palabra, no son igualmente lucidos para el examen; por consiguiente, hay que contar con la suerte de que le "toquen" ciertos temas. También no carece de importancia la disposición de los examinadores, porque no siempre están en el mismo estado de ánimo, cosa que se comprueba, con harta frecuencia, en la gran diferencia en las notas otorgadas para exámenes de igual contenido en sesiones sucesivas; y a esto se agrega la falta de un criterio uniforme de clasificar una misma respuesta entre los varios miembros de una mesa examinadora, como se comprueba en la discordancia de las notas que, para un mismo examen, otorga una misma mesa integrada con miembros sucesivamente diferentes. Luego, si toda esta serie de causas, que sería interminable enumerar, completamente ajenas al sentido del examen y absolutamente inevitables, influyen y hacen oscilar a la clasificación ¿cómo puede argüirse un mérito fundado en tan inestable resultado?

## II

Haremos recalcar que, en todos los razonamientos anteriores, nos hemos abstenido deliberadamente de solicitar el apoyo de ciertas doctrinas filosóficas que afirman o niegan la existencia del mérito y demérito en las acciones humanas, aunque, como se comprenderá, hubiéramos encontrado en el determinismo argumentos poderosos en apoyo de nuestras afirmaciones.

La ciencia es algo así como una especie animal, un organismo vivo, que se desarrolla, que se multiplica, que se subdivide. ¿Cómo?

La ciencia avanza de un modo prodigioso; da risa, al echar una ojeada retrospectiva, comparar los antiguos conocimientos rudimentarios con los nuestros; cincuenta años después, nuestros descendientes, a su vez, se mofarán de nosotros. ¡Y en cuanto a las industrias hemos alcanzado a límites maravillosos, increíbles!

Si a partir de un cierto estado científico, característico de una cierta época, nuestros antecesores no hubiesen hecho otra cosa que conservarlos, heredarlos, seguro que ese estado científico se reproduciría indefinidamente. Es así evi-

dente que el arte de simple conservación, que la herencia, en la esfera de la historia de la ciencia, no puede en modo alguno explicar el aumento y progreso de los conocimientos científicos. Nótese bien que esta función conservadora tiene un equivalente mental: la memoria, la repetición, que es el único método que utiliza la universidad. Desde ese punto de vista afirmábamos, con razón, la inutilidad de su misión, dentro siempre del interés del acrecimiento de la ciencia.

Sin embargo, la ciencia evoluciona progresivamente por la incorporación continua, diaria, de nuevos elementos: inventos, descubrimientos, observaciones, estadísticas, perfeccionamientos, modificaciones apenas perceptibles; en fin, el organismo científico se adapta continuamente a todas esas alteraciones del montón científico que la herencia de una época entrega al juego del tiempo en la siguiente.

No queremos entrar a analizar el fondo psicológico, social y científico de cualquier creación científica; no es éste el momento adecuado para usar el escalpelo de la crítica; aceptemos, por el momento, los criterios tradicionales con que se miden esos valores.

Ahora bien; el premio, la medalla, estimula la conservación de la ciencia, arrastra por el mecanismo íntimo de su motor — la nota — a dar una colosal preferencia a la reproducción fiel del modelo, sin ninguna alteración, cuidadosamente, como si fuera sacrílego modificarlo; ella recompensa o un solo estado de la evolución científica individual y detiene así en la mente, el instinto de variabilidad que es el fondo inquieto de todas las cosas. Si la ciencia aumenta, es debida a que se inventa, a que se descubre, y todo invento y todo descubrimiento, debe realizarse en función de lo conocido, aprovechando toda la experiencia anterior, porque de lo contrario, la humanidad se cansaría en la producción pavorosa de inventos y descubrimientos absolutamente desvinculados entre sí, algo así, como “principios absolutos” concretados, materializados.

El acto científico original es una variación de algo anterior; por lo tanto, supone una memoria de todos los antecedentes científicos; es el perfeccionamiento de esa primera fase de toda creación — no usamos esta palabra en el sentido de la filosofía dualista — que supone, repetimos, el dato, que es, por así decir, la materia prima. Detenerse en esa fase, en el dato, es un absurdo, y estimular por una recompensa la perpetuación inalterable del mismo, es un absurdo toda-

vía mayor. Es esa la psicología estéril del premio. Y toda la universidad, en sus más alejados rincones, difunde este criterio; anquilosa intelectualmente a sus pensionistas; sin querer, impide el vuelo a muchas inteligencias que se agostan lamentablemente en rumbos equivocados y en la impotencia de producir. Creemos haber dicho con relativa claridad lo suficiente para que el lector se convenza de la verdad de este punto de vista, o, si se quiere, de esta teoría.

Pero, ¿acaso no merece una recompensa el esfuerzo científico? Sí, lo merece; pero, cuando este esfuerzo dé frutos originales, cuando produzca un invento, un descubrimiento; porque como decimos, un invento, un descubrimiento, supone, implícito, una enorme cantidad de ciencia conocida, y al premiarlo estimulamos simultáneamente el acto de aprender y el acto de crear, que lo engloba y lo comprende.

Para crear es necesario previamente conocer mucha ciencia; y es precisamente por esas reiteradas creaciones cómo la ciencia avanza velozmente. ¿Qué le importa a la ciencia lo ya conocido?

Para ella representa un estado pasado, un momento histórico ya superado, base de un nuevo avance, y que es necesario superar si se quiere adelantar.

Por eso que si se premia y recompensa la originalidad, el invento, se contribuye poderosamente a la creación de los hábitos de pensar, de inventar, que para nosotros son funciones educables, provocables, tan fácilmente como el atleta desarrolla su biceps por el ejercicio. Demás está decir que si la universidad orienta su marcha hacia ese rumbo, el examen debe modificarse profundamente en un sentido conceptual filosófico; y la nota debe desaparecer irremediablemente; ya que es el síntoma mórbido de la actual orientación de la instrucción superior.

La tesis afirmada un poco violentamente en el título de este artículo, queda, a nuestro juicio, demostrada con evidencia.

Es de todo punto de vista conveniente, porque es útil para la ciencia, alentar la originalidad científica que supone, como punto de partida, el previo conocimiento del estado científico anterior a esa creación. A ella no le interesan los sacerdotes que sepan repetir escrupulosamente sus liturgias, no los tiene en cuenta, son extraviados. El premio universitario, según la ordenanza correspondiente y la tradición seguida en su discernimiento, tiene virtudes anticientíficas, falsas, y que

deben alarmar a todo espíritu enamorado del incesante avance en la espiral indefinida del progreso.

La *Revista del centro estudiantes de ingeniería*, fiel al programa que trazara esta redacción al comienzo de su período, vivamente convencida del error incalculable que se comete al discernir el premio universitario en base a los criterios científicos equivocados que presiden su otorgamiento, solicita del cuerpo universitario correspondiente, la modificación de la ordenanza en el sentido de entregarlo, como una modificación suave y pacífica, a la mejor tesis, al mejor proyecto; y, que, más adelante el trabajo propio que origina la producción de algo nuevo, el invento y el descubrimiento, sea el único y sólo criterio para valorar las capacidades intelectuales de los estudiantes y de los hombres. *A la universidad productora de sabios, sustituyamos una universidad de inventores.* Este es el nuevo dogma del devenir científico.